MILENA BUSQUETS

Gema



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Índice

Portada
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
Agradecimientos
Créditos

1

Para mí Gema siempre ha sido el nombre de una muerta. Bueno, no siempre, desde hace unos treinta años, que es casi lo mismo. Murió a los quince. Dos años después murió mi padre. Sin embargo, sobre su nombre no cayó ninguna maldición. Soy capaz de oír a mis hijos interpelar a sus padres sin pensar en el mío, sin sentir ninguna pena ni extrañeza, y cuando alguien pronuncia su nombre, «Esteban», solo pienso: «Mira, como papá.» En cambio, cuando me presentan a alguna mujer llamada Gema y al levantar la mirada no reconozco la hermosa melena oscura, la tez pálida y los ojos inquisitivos y burlones de mi amiga, pienso: «No, tú no eres Gema. En absoluto.»

¿Qué quiere decir Gema? ¿Piedra? ¿Como piedra preciosa? ¿Una gema? *Gem*, ¿en inglés? En Inglaterra no hay nadie que se llame Gem, pero creo que hay unas cuantas «Gemas».

Ambas muertes tuvieron lugar en el mismo escenario, el viejo patio del colegio, aunque luego los dos fallecieron en un hospital, claro.

Mamá vino a la escuela especialmente para contarme que papá estaba gravemente enfermo, y a continuación tomó un avión para ir a pasar el fin de semana a Londres, con unos amigos. Me hizo salir de clase y en el patio vacío me comunicó que lo que iba a ser una operación rutinaria de estómago se había convertido en una sentencia de muerte. No se le ocurrió cancelar el viaje. «Nunca pensé que te afectaría tanto», se excusó después en un millón de ocasiones a lo largo de los años.

No había vuelto a pisar aquel patio. Había pasado por delante algunas veces, no muchas, porque a pesar de no estar muy lejos de mi casa ya no formaba parte de ninguno de mis circuitos habituales. Todos tenemos tres o cuatro caminos que siempre tomamos, para ir al centro, para ir al colegio, para ir a Cadaqués, para enamorarnos, para regresar. Si los marcásemos en un mapa con un bolígrafo rojo, como se marcan las venas en algunos dibujos anatómicos del cuerpo humano, veríamos que son casi siempre los mismos, que pasamos la vida entera en una misma mano, yendo y viniendo del índice al pulgar y del pulgar al índice o recorriendo el fémur de arriba abajo una y otra vez.

Descubrí que mi madre estaba enamorada del que sería su último amor un día regresando a casa en coche después de haber ido de compras, cuando me pidió que alterase nuestro recorrido habitual y subiese por otra calle porque alguien le había dicho que así llegaríamos antes.

–Qué idea tan rara –exclamé mientras le obedecía–. Pero si siempre vamos por allí. Es nuestro camino.

Y de repente, en el mismo instante en que la idea disparatada, fulgurante y cierta se me pasó por la cabeza:

–No estarás enamorada, ¿verdad?

No hay demasiadas cosas que alteren el curso de nuestros pasos, tan firmes y decididos.

El patio era de cemento y estaba rodeado de unos edificios prácticos, sobrios y un poco mazacotes de color arena. Aunque quizá, de todos los sitios del mundo, el que menos importa que sea feo sea el colegio. Los adolescentes solo se preocupan por su propia apariencia –y por la de sus padres mientras la consideran una extensión de la suya– y jamás oí a ningún alumno quejarse por estudiar en un edificio tocho y sin gracia. Nos hubiese dado lo mismo estar en un palacio. La única vegetación consistía en unos setos bajos colocados en lugares estratégicos –para dividir o señalar distintos espacios, a la entrada de la escuela, entre el patio superior y el campo de deportes–, unos matorrales con hojas de un verde intenso y reluciente que los estudiantes arrancábamos y desmenuzábamos distraída y concienzudamente, como años más tarde fumaríamos cigarrillos y miraríamos de reojo a los chicos, dejando a nuestros pies un mosaico verde muy poco ecológico. El día que la dirección del colegio se percató de que estábamos deforestando el patio mandó una circular en la que se prohibía arrancar una sola hoja del recinto estudiantil. Una amplia escalera de piedra, vestigio tal vez de la finca que el colegio había venido a sustituir, descendía hasta el patio inferior, donde estaban la cantina, la pista de atletismo, el gimnasio y las duchas. Allí, delante del árbol más alto del colegio, una palmera seca y recta como un palo que parecía querer empujar el cielo, nos hacían también las fotos anuales de la clase.

Siempre nos avisaban con unos días de antelación para que tuviésemos tiempo de planificar un atuendo pulcro y adecuado, pero como éramos adolescentes y por lo tanto nos sentíamos a la vez los más guapos y los más feos del mundo, no hacíamos ni caso. Todos íbamos vestidos como siempre.

Quizá sea por eso por lo que esas fotos encierran a menudo una profunda verdad, en ellas se vislumbra borrosamente, en medio de

la niebla, como en una bola de cristal, quiénes somos y seremos. Si uno se fija, ya todo está allí: la determinación, la curiosidad, la timidez, la alegría, la confianza, el orgullo. Nadie escapa en esas fotos, deberían ser nuestras fotos de carnet hasta la eternidad.

Aquel día había ido a comer a casa, las clases empezaban a las tres y media, pero había llegado antes para pasar un rato con mis amigas en el patio. Casi no teníamos amigos chicos, no había color, una amaba locamente a sus amigas, ellos en cambio parecían ir siempre a la zaga. Eran amigos precisamente porque no podíamos amarlos, porque los hombres con los que soñábamos eran más extraños, más indiferentes, más rubios, más morenos, más oscuros y tenebrosos. Nuestras amigas, sin embargo, a pesar de los conflictos, las peleas y los disgustos, eran la perfección personificada.

Empezaba a hacer calor, el cielo estaba despejado y las copas de los árboles se habían cubierto de diminutas hojas verdes que una brisa suave, levemente marina, agitaba.

En un primer momento no la vi, hacía meses que Gema no venía al colegio, y ya no éramos tan amigas como antes. En el Liceo Francés pensaban que deshacer las clases cada año y mezclar a los alumnos servía para desarrollar la sociabilidad y la capacidad de adaptación. Hacía años que no compartía aula con mi antigua amiga de infancia, y aunque las dos estábamos metidas en la misma búsqueda fundamental, averiguar quiénes éramos, habíamos tomado direcciones muy diferentes para descubrirlo: yo la de la rebelión, ella la de la cautela.

Nos habían dicho que estaba enferma, había oído rumores, pero en mi vida cotidiana no había cambiado nada, no había ningún pupitre vacío, ningún silencio incómodo al pasar lista, ninguna sensación de ausencia. Solo sentía un ligero malestar cuando pensaba en ella o cuando, con los ojos muy abiertos, elucubraba con mis amigas sobre su dolencia, pero no era más que una nubecita gris en el horizonte despejado y radiante de la adolescencia.

Estaba muy erguida. Parece más alta, pensé. ¡Y qué pálida está! Siempre había sido muy blanca, pero su tez, antes lechosa y sonrosada, igual a la de las princesas de los cuentos de hadas, había virado al gris. Era como si un velo color humo se hubiese posado sobre su rostro confiriéndole un tono ceniciento y apagado; solo relucían, arrasados y líquidos, sus ojos (son lo último que se muere, los ojos). Sus mejillas, redonditas y mullidas, se habían fundido, los pómulos le sobresalían como navajas y la nariz, que siempre había sido larga y fina, se había vuelto un poco aguileña. Era como si un vampiro le

hubiese clavado una pajita en el brazo y se la hubiese bebido entera, pensé, hasta la última gota.

Debo ir a saludarla, me dije, no queda más remedio. Muchos años después me ocurrió lo mismo con Ana, una de las mejores amigas de mi madre, al enterarme de que estaba en el hospital («tengo que ir a verla inmediatamente, ahora, sin dilación, no queda más remedio»), pero por entonces ya había vivido lo suficiente para saber que no iba a saludarla sino a despedirme. No lo sabía en el caso de Gema, nunca me había despedido de nadie.

Así que me aparté de mi grupito de amigas parlanchinas y me dirigí hacia ella con decisión y pánico, supongo que, aunque suene contradictorio, se podría decir que hui hacia ella. Por primera vez en mi vida me comporté como un adulto, como pensaba que se comportaban los adultos. Éramos amigas desde los cuatro años, la había visto oficiar una boda en el patio de los pequeños, fabricamos los anillos de los novios unas horas antes en el refectorio utilizando una piel de plátano –nos pareció la idea más genial del mundo–. Había sido invitada a los formidables banquetes de cumpleaños que le preparaba su padre en el restaurante. Sabía que estaba enamorada en secreto de un chico pelirrojo y despistado que tocaba la guitarra. Conocía su risa escandalosa. Todavía resuena, aunque ya muy lejana, en mis oídos.

A los quince años ya sabemos todo lo que sabremos sobre la amistad, no mejoramos como amigos, en todo caso empeoramos. El amor sentimental tal vez se pueda ir perfeccionando con el tiempo, pero la amistad no, la amistad alcanza su plenitud radiante y absoluta en la infancia. Así que me puse a su lado y dije su nombre en voz baja, Gema, Gema. Entonces ella se dio la vuelta y me miró con dulzura. No pareció sorprendida de verme, fue amable y cariñosa como siempre, debajo de aquel disfraz de bruja de las tinieblas, seguía siendo ella. No hablamos de nada importante o interesante, nos comportamos como dos adultos que se encuentran por la calle y uno de ellos está gravemente enfermo.

–¡Ah! ¡Tienes buen aspecto! –le dije yo, la inmortal.

–Sí, sí, estoy mejor, mucho mejor, gracias –me contestó.

–¡Qué alegría verte!

–Sí. –Sonrió.

–A partir de ahora todo irá bien, ya verás.

–Claro que sí.

–Y con este buen tiempo –añadí, levantando la nariz hacia el cielo.

–Sí, sí, hace muy buen día, parece que ha llegado la primavera –

dijo ella.

Nos comportamos como adultos, no dijimos nada de lo que pensábamos. Nuestros padres y todas las personas responsables de nuestra esmerada educación se hubiesen sentido orgullosos de nosotras, ni ellos mismos lo hubiesen hecho mejor. No volví a verla nunca más.

2

Óscar no quería ir a cortarse el pelo. Durante años había ido a la peluquería encantado de la vida. El gesto, casi adulto, de placer y relajación que se le dibujaba en el rostro cuando antes de aclararle el pelo, con la cabeza todavía llena de espuma, la peluquera le hacía un masaje siempre me hacía sonreír. «Será un disfrutón, como nosotros», decíamos con su padre. Pero de pronto un día, influenciado por algún rapero o deportista, decidió que se quería dejar el pelo largo. Como ya tenía once años y era muy terco y presumido, yo había decidido no meterme en sus decisiones estilísticas. De todos modos, la mayoría de los días iba mejor vestido que yo. Cuando me hablaba de posibles tatuajes o de agujerearse una oreja, le respondía que esos eran asuntos para tratar a partir de los dieciocho años, no antes, como sacarse el carnet de conducir o ir a votar.

Lo miré con un poco de pena, sentado en el sofá, de perfil, jugando y aparentemente hablando con el televisor. ¡Con lo guapo que es!, pensé. Unos días antes, su padre lo había convencido por fin para ir a cortarse las puntas a la peluquería del barrio, yo era la máxima defensora de la vida de barrio –pasaba semanas sin salir del mío– para todo menos para lo importante. Así que Óscar había salido de la peluquería china de la esquina con un lado del flequillo más largo que el otro y con unos extraños tirabuzones enmarcándole la cara. No pude evitar preguntarle a su padre si por casualidad habían ido a una peluquería especializada en cortes para rabinos, pero no le hizo ninguna gracia. A veces se notaba que hacía un esfuerzo sobrehumano para que nada de lo que yo dijera le hiciese gracia. En cambio, cuando le contaba alguna desventura, siempre opinaba que el que me había agraviado tenía toda la razón del mundo. No hay nada tan difícil como hacer reír a un exnovio cuando todavía te quiere.

En cambio, Marc, mi hijo mayor, que acababa de cumplir diecisiete años, se arreglaba el pelo solo desde que era pequeño. Le había pedido un millón de veces que nos cortase las puntas a su hermano y a mí, incluso le había comprado unas bonitas tijeras de peluquero profesional, doradas y rutilantes, y le había ofrecido dinero para cortarme el pelo. Pero mis hijos no eran sobornables, ni especialmente caprichosos, ya lo tenían todo. Un día, maravillada ante la armonía

perfecta de sus rizos, redondos y rubios como granos de uva al sol, le pregunté cómo se igualaba los mechones de la nuca.

–Pues al tacto, ¿cómo quieres que me los corte si no? –respondió como si se tratase de una obviedad.

Ningún hombre había logrado hacerme sentir estúpida, pero para mis hijos era un pozo sin fondo de ineptitud práctica que yo, por otro lado, no tenía la menor intención de corregir, después de todo, ¿quién sabía abrir el capó del coche, hacer patatas fritas perfectas y encontrar las cadenas de pago en el televisor? En cambio, cuando compartía con ellos mi auténtica inquietud, no sé escribir, no sé escribir, no sé escribir, se abrazaban y rodaban por la alfombra muertos de risa.

–Me voy al teatro –dije–, no volveré tarde.

Ninguno de los dos me contestó, así que lo repetí un par de veces más, «me voy, me voy». Mis hijos vivían con unos cascos permanentemente pegados a las orejas, nunca estaba segura de que me hubiesen oído, y la mayor parte de las cosas que decía quedaban en suspenso. ¿Me habrán oído?, me preguntaba mientras los observaba atentamente en busca de alguna señal de reconocimiento. Nuestras conversaciones casi nunca eran como un partido de tenis, pim pam, pim pam, se parecían más a una travesía por mar en un día de viento.

La llegada de los cascos había coincidido con las primeras clases de piano de Marc. Yo nunca le habría inscrito a clases de música porque en casa nadie había tenido el menor oído musical, más bien todo lo contrario, pero un día vino a visitarnos el vecino de abajo, Bosco, que era un gran melómano e incluso cantaba en una coral. Mientras tomábamos el té, me contó que Marc se había descargado una aplicación para tocar el piano y que estaba aprendiendo por su cuenta. Como a cortarse el pelo, pensé yo. ¡Qué extraños eran los hijos, qué ilusión hacía descubrir en ellos cualidades inexistentes en sus progenitores! A través de ellos había conocido mejor a sus padres. Cualidades que en los padres solo estaban latentes, medio dormidas o incluso ocultas, eclosionaban en los hijos con extraordinaria fuerza y vitalidad. La coquetería y el infalible ojo de Óscar, su curiosidad y capacidad para captar la esencia de una persona en tres minutos, la terquedad de ambos (a mí se me podía convencer de casi cualquier cosa). El sentido del deber de Marc, sus silencios, su vida profunda e insondable, su infinita amabilidad con los extraños; el ligero esnobismo –achacable a mí más que a su padre– del

uno y la indiferencia a las apariencias del otro; el sentido del humor de los dos. Sus defectos –cierto egoísmo e indiferencia por muchas de las cosas que no les afectaban de un modo directo– resultaban menos interesantes, ya que eran comunes a la mayoría de las personas de su edad y, por lo tanto, esperaba yo, transitorios y perdonables. Poder observar cómo aquellos dos niños se convertían en adultos me parecía un experimento tan apasionante como la llegada del hombre a la Luna.

–¿Por qué no lo apuntas a la escuela de música del barrio? Mis hijas van y están contentas –sugirió Bosco.

Yo ignoraba que Marc se hubiese descargado un curso de piano. Evitaba mirar las pantallas de los aparatos electrónicos de mis hijos, siempre temía que estuviesen haciendo alguna de las cosas horripilantes y maléficas que según los periódicos y los psicólogos infantiles se podían hacer desde un ordenador. Nunca había sentido el menor deseo de saber más de lo que los demás querían contarme. No me parecía que el ansia por conocer hasta el último detalle de vida secreta de las personas amadas fuese una verdadera muestra de cariño o de interés. ¿Acaso no era más bien una falta de confianza, una señal de ingenuidad y un deseo oculto de controlar al otro? ¿Acaso no era importante también el pudor?

En el dispositivo musical que compartíamos, la música moderna y comercial me correspondía a mí, mientras la clásica y refinada era de Marc. Algunas veces, por casualidad, mientras intentaba poner alguna canción alegre para ir a hacer la compra o para conducir, se colaba un fragmento maravilloso de música clásica y me quedaba unos instantes petrificada, como si escuchase una llamada lejana, el tañer de unas campanas, pero me alejaba muy deprisa, me parecía que ya no tenía edad ni tiempo para otro gran amor.

Al principio, Marc realizaba sus prácticas de piano sin cascos, pero un día que intentaba trabajar le pedí que se los pusiese y, desde entonces, no volvió nunca más a tocar el piano sin silenciarlo antes. De nada sirvieron mis súplicas y mis falsas amenazas. Después de dos o tres años de silencio, durante los cuales aproveché para escribir un libro, pensé que igual mi hijo no estaba tan dotado para el piano como afirmaba nuestro musical vecino y que quizá le diese vergüenza tocar en público. El primo Álex había empezado a jugar al tenis a los cuatro años y siempre decía que le encantaba, mis abuelos incluso le hicieron socio del Real Club de Tenis. Hasta que un día, por casualidad, mi tía pasó por delante de la escuela y decidió entrar para saber cómo iban las clases. El profesor de tenis le informó de que Álex no había avanzado ni un solo curso, seguía en la

misma clase que el primer año. Nadie de la familia dijo nada, claro, pero tampoco nos extrañó que a los dieciocho años vendiese su carnet de socio para comprarse una moto.

No era el caso de Marc, como a partir de un cierto momento (cuando ya tuvo el nivel suficiente) pude comprobar en los conciertos trimestrales de la escuela de música. Los recitales se celebraban en un centro para la tercera edad, un gran salón repleto de obras de arte que intentaban demostrar que todos llevamos un artista dentro. La primera vez que fui a verle tocar estaba tan nerviosa que pensé que me iba a desmayar. También me preocupaba la posibilidad de que, llegado el momento, no supiese encender la cámara de vídeo del móvil. Al final todo salió bien, Marc tocó durante unos minutos una especie de marcha contundente y heroica, muy apasionada y un poco rígida, como él. No se equivocó ni una sola vez, fue bonito ver su ancha espalda agitada por la música, como por un suave oleaje.

Entonces me acerqué a la puerta de su habitación y llamé con suavidad.

–¿Quéeeeeee? –respondió.

–Me voy al teatro –le dije–. Tu hermano está jugando a los marcianitos en la tele, pedid lo que queráis para cenar.

Marc levantó la vista del ordenador, me miró con el ceño fruncido y farfulló una frase de la que solo pude distinguir las palabras «tonta», «playstation», «apestoso», «fresca» y «caradura».

En realidad, a pesar de las quejas de Marc por tener que hacerse cargo de su hermano, les gustaba mucho quedarse solos. Más de una vez, al regresar a casa, me los había encontrado charlando y riendo juntos en el sofá. Se llevaban seis años, en cierto modo, debido a la diferencia de edad, ambos habían podido disfrutar de algunos de los privilegios de ser hijo único sin necesidad de renunciar a la diversión de ser dos, la camaradería y la posibilidad de aliarse contra mí. Cuando nació Óscar, Marc le escribió una carta, «Bienvenido al planeta Tierra», decía. Ambos, y también sus respectivos padres, me acusaban de haberla perdido, pero yo sabía que en algún lugar tenía que estar, probablemente en una de las cajas todavía sin deshacer de la última mudanza, y que si algún día la necesitábamos, aparecería como por arte de magia.

3

El último sol de la tarde acarició mis párpados. Había días en que todavía me sentía extraordinariamente fuerte, me gustaba andar, a mi cuerpo le gustaba andar y lo sacaba a pasear a menudo. En los días buenos, caminaba con pasos rápidos y largos que parecían propulsarme hacia el cielo, descendía veloz para avanzar y en cuanto el pie delantero volvía a tocar el suelo, me impulsaba hacia delante y hacia arriba como con un resorte. Sentía los músculos de las piernas, dóciles y flexibles, estirarse y alargarse. Me había servido bien mi cuerpo, el afecto que sentía por él solo podía compararse con el que había sentido por alguno de mis perros. A veces lo olvidaba durante un rato, en los meses de invierno o cuando no estaba enamorada. Y recuperarlo de nuevo, descubrir de repente mis piernas enroscadas como serpientes o mis pies aplastados y largos («parece que te los haya pisado un elefante», decía siempre el padre de Marc) me ponía de tan buen humor como ver un cachorro a mis pies.

Llegué al teatro con el tiempo justo y entré en la sala con la platea a oscuras. Era la última representación de la obra de Bruno, llevaban casi un año en cartel y las críticas habían sido muy buenas. En otoño se irían de gira, primero a Madrid y después por otras ciudades. El éxito les había pillado por sorpresa, después de casi diez años representando con empeño y sensibilidad teatro de texto, en su mayoría obras clásicas, habían puesto en escena un texto breve para dos personajes escrito por Bruno y que interpretaba él mismo junto a una de las actrices más veteranas de la compañía. Aquel diálogo irónico, sutil y un poco costumbrista entre un acaudalado joven a punto de casarse y su alocada tía, no solo había llamado la atención del reducido público que frecuentaba los teatros sino que se había convertido en una especie de fenómeno social. Los críticos lo habían comparado con Oscar Wilde, y los jóvenes –que en algunos casos no habían pisado un teatro en su vida– habían sucumbido a la irreverencia y la originalidad del texto y se habían enamorado de unos personajes que, a pesar de ser egocéntricos, retorcidos y no demasiado inteligentes, acababan resultando interesantes y entrañables.

Yo ya había ido a ver la obra cuatro veces. Me había encantado, y

eso que el teatro en general casi nunca me interesaba demasiado. «Es el único género del mundo que gira en torno a un solo creador: Shakespeare», les decía a mis amigas del mundo del espectáculo. Sin él habría perecido mucho tiempo atrás, o con la invención del cine, más ágil y divertido. Todavía había teatro porque Shakespeare había existido. ¡Eso ni siquiera ocurre con Messi o con Miguel Ángel!, exclamaba. En realidad, si había ido tantas veces a ver la obra era porque estaba un poco enamorada de Bruno. Cuando salió a escena, un leve estremecimiento recorrió la platea. El año anterior había participado en una serie de televisión sobre policías que había tenido mucho éxito y la gente iba al teatro a verlo a él. Parecía un poco cansado, una leve sombra púrpura debajo de sus tenebrosos ojos castaños delataba una noche en vela, jugando al póquer, bebiendo o deambulando en moto por la ciudad a altas horas de la madrugada.

¡Casi dos años desde la primera vez que nos vimos!, pensé mirando a mi alrededor. Me pareció que había una mayoría de mujeres, aunque eso no era inusual; en el ámbito doméstico la cultura (como la educación de los hijos) era a menudo un asunto de mujeres. Había conocido a Bruno a través de Violeta, la directora de la compañía de teatro, una tarde en una terraza del parque de la Ciudadela. Estaban comenzando los ensayos de la obra y Barcelona se plegaba, complaciente y perezosa, a otro caluroso verano. Había quedado con Violeta y con un amigo pintor con el que había salido un par de veces y que se iba a encargar del diseño de los decorados. En un primer momento no reparé en Bruno, que me miraba con curiosidad y sorpresa. Estaba acostumbrado a que lo reconociesen y a que lo admirasen, era muy guapo, tenía un rostro abierto, intenso y viril, de frente ancha y ojos tan separados como los de un ciervo, que parecía hecho especialmente para ser fotografiado o filmado. No hablamos mucho en aquel primer encuentro.

–Te he leído –me dijo.

–Y yo te he visto –respondí.

–Espero ansioso tu próxima novela.

–¿Ansioso? –dije yo. Y nos echamos a reír los dos–. Y yo no me perderé el estreno de vuestra obra.

Y regresamos a nuestras respectivas conversaciones, yo con el pintor de decorados y él con Violeta. No volví a mirarlo hasta que nos levantamos para marcharnos. Al dirigirnos hacia la salida del parque, Violeta y yo nos quedamos rezagadas mientras ellos se adelantaban unos metros. Al verlos caminar delante de nosotros me di cuenta de que se parecían, Bruno tenía casi la misma estatura

que el pintor, ambos eran esbeltos, proporcionados y muy altos, pero Bruno tenía las espaldas un poco más anchas, las caderas un poco más estrechas, los andares más sueltos y confiados. Caminaba como si pensase que el mundo era suyo, como si pasease por la orilla del mar y no hubiese decidido todavía a qué buque subirse. De pronto sentí en mi interior una oleada de alegría y de optimismo. Era un poco más joven que yo, pero yo tenía la sensación de que los hombres sobrevolaban el tiempo, o eran niños o eran adultos, casi nunca había un término medio, como si hubiesen nacido con una edad fija. Nosotras descubríamos qué edad teníamos verdaderamente a los cuarenta años, antes era todo un baile de disfraces.

Y entonces, como una mariposa en medio del soleado parque, ligera y capaz de las piruetas más increíbles, mi interés y mi curiosidad abandonaron al pintor y fueron a posarse con un delicado batir de alas sobre el actor de mirada tenebrosa. Solo la frivolidad permite ciertos saltos mortales.

En el siguiente bar al que fuimos a sentarnos ya todo había cambiado: el lugar (un bar de barrio normal y corriente, sin ningún interés) me pareció perfecto; los camareros, simpatiquísimos; las almendras que nos trajeron para picar, las más deliciosas que había probado en mi vida. Y todos los temas que iban surgiendo en la conversación resultaban repentinamente apasionantes. «¡Voy a escribir un libro sobre esto!» «¡Y sobre esto!» «¡Y sobre esto también!», aseguraba mientras me atiborraba de frutos secos. La luz hipnótica, tenue y favorecedora de la seducción se había encendido, una llama que actuaba a la vez como una lupa y como un filtro, acentuando y embelleciendo todo lo que deseaba ver y difuminando, hasta hacerlo desaparecer, todo lo que algún día me disgustaría. No es que no lo viese, lo veía perfectamente, pero el deseo de ser feliz era más fuerte. Al cabo de un rato, mi amigo pintor alegó que tenía que acabar un cuadro y desapareció.

Y de ese modo se entremezclaron dos mundos, el del teatro y el de las letras, que a pesar de la proximidad y de las muchas similitudes –egos gigantescos, amores y odios furibundos y una cierta endogamia y tendencia a la exageración– no solían frecuentarse demasiado a menudo. Me divertía llevar a Bruno a actos literarios y observar la expresión de duda y de sorpresa de la gente al reconocerlo. Él también me arrastraba a sus reuniones sociales, más bohemias, alegres e informales que las mías, o tal vez me divertían más por la novedad que representaban. Un día, en una de esas fiestas de actores en casa de uno de ellos, después de haber bebido más de la cuenta, Bruno alzó su copa y exclamó: «Por mi novia, la más

guapa de las intelectuales y la más intelectual de las guapas.» Y todo el mundo aplaudió con entusiasmo mientras yo me moría de vergüenza y él me abrazaba. Aquella fue su manera de formalizar la relación. Cuando llegamos a su casa de madrugada, se desplomó sobre la cama y, antes de cerrar los ojos, me dijo: «Ahora somos novios, ¿eh? No te olvides.» Al cabo de una semana me presentó a sus padres y a sus hermanos. Me adoptaron de inmediato. Me deslicé sin pensarlo demasiado y casi sin darme cuenta por la suave pendiente de lo que constituía una relación formal, basada en la seguridad, el amor, la lealtad y la confianza.

Bruno era más sociable que yo y se sentía cómodo en todas partes. Además, como todos los buenos actores, se contagiaba fácilmente y sin esfuerzo de los que lo rodeaban, se mimetizaba con todo lo que le llamaba la atención, aunque el interés fuese superficial y efímero. Su comprensión de las cosas era intuitiva y fulgurante. En más de una ocasión le había visto convertirse en la persona que tenía delante, adoptar su postura, su tono de voz e incluso su manera de mirar después de apenas cinco minutos de conversación. Él no se daba cuenta y el efecto se diluía con rapidez, pero qué maravilloso resultaba vivir con alguien cuyo trabajo no consistía en ser él, en destilar hasta la última gota de su alma, sino en ser otro, y que lo lograba con tanta fluidez y naturalidad. «¿Qué haces tan ensimismada?», me preguntaba. Y con un pequeño impulso apoyaba las manos en el suelo y hacía la vertical.

Me había puesto una falda color marfil por debajo de la rodilla con profundos cortes laterales que me permitía andar a paso ligero y a grandes zancadas. No era una prenda atrevida, estaba hecha de una seda bastante rígida. Cuando estaba de pie inmóvil, las aberturas laterales apenas se advertían y resultaba bastante recatada incluso. Sin embargo, daba acceso inmediato a mi cuerpo y a Bruno le encantaba. Me acaricié las rodillas en medio de la oscuridad, como esas mujeres que a veces, cuando no se sienten observadas, se palpan inadvertidamente el trasero, como para asegurarse de que sigue ahí.

Me vino a la memoria una noche en un teatro de París con mi madre. Yo debía tener unos veinte años. Habíamos ido a ver *El enfermo imaginario* de Molière a la Comédie-Française. Había pasado la tarde con Luca, el hijo de una de las mejores amigas de mi madre, probando perfumes. Luca era científico y compaginaba su trabajo en un laboratorio con su pasión por los perfumes. Recorrimos la ciudad visitando tiendas maravillosas de suelos enmoquetados y silenciosos, arañas de cristal y vasijas transparentes con pequeños grifos